

Al oír a estas palabras mías frunció el ceño un poquito irritado; mas, empero, con muy dulces palabras, dijo:

—Hazlo, Bienvenido mío, sólo por darme un poco de satisfacción.

Partióse, y comencé á dar órdenes para descubrirla; y como faltaba cierta cantidad de oro, de barnices y de otras cosillas tales que se emplean al fin de la obra, coléricamente murmuraba y quejábame, blasfemando de aquel maldito día que fué causa para conducirme á Florencia; porque de largo tiempo veía yo la grandísima y segura pérdida que había sufrido con partirme de Francia, y aún no veía ni conocía qué clases de bienes debiera esperar con aqueste mi señor en Florencia; pues desde el principio al medio y hasta el fin, siempre todo aquello que había yo hecho hubo de concluir con muy dañosa desventaja mía.

Por eso muy disgustado la descubrí al día siguiente. Según plúgole á Dios, así que fué vista alzóse un rumor tan desmesurado en elogio de dicha obra, que fué causa bastante para consolarme algún tanto. El pueblo no dejaba continuamente de pegar papeles á espalda de la puerta, que tenía un poco de aparato, mientras daba yo la última mano; el mismo día en que estuvo descubierta algunas horas, pegaron allí más de veinte sonetos, todos con elogios muy desmesurados de mi obra. Luego que la recibí, diariamente fijaban allá gran número de sonetos, y de versos latinos, y de versos griegos; porque había vacaciones en el estudio de

Pisa, y todos aquellos excelentísimos doctores y escolares hacíanlos en competencia.

Mas lo que me causaba mayor contento y dábame esperanzas de mayor salud mía para con mi duque, era que los del arte, á saber, los escultores y pintores, también conducíanse en competencia de quién hablaba mejor. Entre los demás, aquel á quien profesaba yo mayor estimación era el hábil pintor Jacobo de Pontormo, y además de él su excelente discípulo el pintor Bronzino (1), á quien no le bastó hacer fijar muchos de los sonetos, sino que me los mandó por medio de su Alejandrino á mi casa; los cuales decían tanto bien con aquel hermoso y rarísimo estilo suyo, que fueron causa de consolarme un poco. Y así, pues, recibí mi obra y me afané por terminarla.

XCI.

Aun cuando mi duque hubo de ser sabedor de aquestos favores que habíanseme hecho por aquesta excellentísima Escuela, sin más que verla aquel poco de tiempo, dijo:

—Grandemente me place que Bienvenido haya gozado de aqueste poco de satisfacción, lo cual será motivo para que más presto y con mayor diligencia la lleve

(1) Los pintores son: Jacobo Carrucci de Pontormo, y su discípulo Angel, llamado *el Bronzino*.

á su deseado fin; mas no creáis que luego, cuando toda ella se mire descubierta y pueda verse toda en contorno, hayan de hablar los ciudadanos de igual manera; antes descubrirán todos los defectos que tenga y hasta le pondrán muchos que no tuviere; así, pues, ármese de paciencia.

Estas fueron palabras por Bandinelli dichas al duque, con las cuales aludió á las obras de Andrés del Verrocchio, quien hizo aquel hermoso Cristo y Santo Tomás de bronce que se ven en la fachada de San Miguel; y alegó otras muchas obras, hasta el admirable David del divino Miguel Angel Buonarroti, diciendo cómo no se mostraban bien sino después de verlas todo alrededor; y luego dijo de su Hércules y Baco los infinitos sonetos de vituperio que le fueron aplicados, y hablaba mal de aqueste pueblo.

Mi duque, que le creía bastante, habíale movido á decir aquellas palabras, y pensaba de cierto que hubiese de pasar en gran parte de aquel modo, porque aquel envidioso de Bandinelli no dejaba de hablar mal; y una vez entre otras, hallándose presente aquel verdugo de Bernardo el medianero, por hacer buenas las palabras de Bandinelli, dijo al duque:

—Sabed, señor, cómo el hacer figuras grandes es otra menestra que el hacerlas pequeñas; no quiero decir yó que las figuritas pequeñas no las haya hecho bastante bien; mas aquesta no le resultará, según veréis.

Y con estas palabrejas mezcló otras muchas, ejerci-

tando su arte de alcahuete, con el cual mezclaba un montón de embusterías.

XCII.

Por fin plugo á mi glorioso Señor é inmortal Dios que la acabase del todo, y un jueves por la mañana la descubrí por completo (1); al momento, y aun cuando todavía no era día claro, reunióse tan infinito número de gentes, que sería imposible de decirlo, y todos á una voz iban en competencia á quién hablaba mejor de ella.

El duque estaba asomado á una ventana baja del Palacio, la que está sobre la puerta, y medio escondido dentro de la ventana escuchaba todo aquello que de dicha obra se decía; y luego que hubo estado á la escucha algunas horas, apartóse de allí tan enorgullecido y contento, que volviéndose hacia Sforza, le dijo así:

—Sforza, vete y busca á Bienvenido, y dile de mi parte que me ha satisfecho mucho más de lo que yo me esperaba, y dile que yo le contentaré á él de modo que le haré maravillarse; así, pues, dile que esté satisfecho.

Así el mencionado señor Sforza me trajo la gloriosísima embajada, la cual me confortó; y aquel día por aquesta buena nueva y porque los populares demonstra-

(1) Esta inauguración del *Perseo* fué en 27 de Abril de 1554.

ban con el dedo á éste y aquél como cosa portentosa y nueva.....

Entre otros, hallábanse dos gentilhombres, los cuales eran enviados del virrey de Sicilia á nuestro duque para sus negocios. Estos dos afables hombres salieron á mi encuentro en la plaza (que yo les fui mostrado al pasar, de modo que á toda priesa se me acercaron), y al momento con sus birretes en mano me dirigieron una oración de lo más ceremonioso, y la cual hubiera sido demasiado hasta para un papa; empero me humillé cuanto pude, mas ellos me exaltaban tanto, que comencé á rogarles que por favor acordasen marcharse de la plaza, porque el pueblo se paraba á mirarme más fijo que á mi Perseo; y entre aquestas ceremonias entusiasmáronse tanto, que me suplicaron me fuese á Sicilia y que me harían tal trato, que había de quedar yo satisfecho; y me dijeron cómo fray Juan Angel, de los Servitas, había hecho una fuente llena y adornada de muchas figuras, mas que no eran de aquella excelencia que veían en el Perseo, y habíanle hecho rico.

No les dejé acabar de decir todo lo que hubieran querido decirme, sino que les repliqué:

—Mucho me maravillo de que tratéis de que deje á tan gran señor, amante del mérito más que otro príncipe alguno nacido, y hallándome además en mi patria, escuela de todas las mayores bellezas del arte! ¡Oh! si tuviese apetito de grandes ganancias, podría quedarme en Francia al servicio de aquel gran rey Francisco, el cual me daba mil escudos de oro para mi plato y ade-

más pagábame todas las obras que le hiciese; de suerte que cada año me hubiesen sobrado más de cuatro mil escudos de oro; y había dejado en París el fruto de mis fatigas de cuatro años allí transcurridos. Con aquestas y otras palabras corté la ceremonia y les dí gracias por los grandes loores que me habían dado, los cuales eran los más excelsos premios que se pudiesen dar á quien fatigábase virtuosamente en el trabajo; y que ellos tanto me habían hecho acrecentar el deseo de hacer buenas cosas, que esperaba en breves años haberles de mostrar otra obra, la cual tenía yo esperanzas de que pluguiese mucho más á la admirable Escuela Florentina. Los dos hidalgos hubieran querido reanudar el hilo de las ceremonias; por donde yo, quitándome la gorra con gran reverencia, les dije adios.

XCIII.

Después que hube dejado pasar tres días, y visto que los grandes loores andaban creciendo siempre, entonces me dispuse á ir á mostrarme á mi señor duque; el cual, con gran afabilidad, me dijo:

—Bienvenido mío, me has dejado satisfecho y contento; te prometo que te contentaré de suerte que te haré maravillar; y más te digo, que no quiero que pase del día de mañana.

Al oír aquestas admirables promesas, en el acto enderecé todas mis mayores potencias del ánima y del

cuerpo en un momento á Dios, dándole gracias en verdad; y en el mismo instante me acerqué á mi duque, y medio llorando de alegría le besé la veste; después exclamé diciendo:

—¡Oh glorioso señor mío, verdadero y liberalísimo amante de las artes y de aquellos hombres que en éstas se fatigan: ruego á Vuestra Excelencia Ilustrísima que me otorgue la merced de dejarme ir antes por ocho días á dar gracias á Dios; porque sé bien lo desmesurado de mi gran fatiga, y reconozco que mi buena fe ha movido á Dios á ser en mi ayuda; por aquesto, y por cualquiera otro milagroso socorro, quiero ir peregrinando por ocho jornadas y dando siempre gracias al inmortal Dios mío, el cual siempre ayuda á quien de veras le llama!

Entonces me preguntó el duque que á dónde quería ir yo, y le dije:

—Mañana me partiré é iré á Vallombrosa, después á Camaldoli y al Ermo, y me llegaré hasta los baños de Santa María, y acaso hasta Sestile (1), porque he sabido cómo hay allí hermosas antigüedades; luego me tornaré por San Francisco de la Vernia; y, dando siempre gracias á Dios, contento me volveré á tornar á serviros.

Al instante me dijo el duque alegremente:

—Ve y vuelve, que en verdad me places; mas déjame dos versos en memoria, y déjame hacer á mí.

(1) Son bien conocidos por sus santuarios todos estos lugares nombrados por Cellini, excepto *Sestile*, que quizá sea *Sestino*, antiquísimo territorio situado más allá de los antedichos.

En seguida hice cuatro versos, en los cuales daba yo gracias á Su Excelencia Ilustrísima; se los di al señor Sforza, el cual se los entregó de mi parte en propia mano al duque, quien los tomó; luego se los devolvió en propia mano á dicho señor Sforza, y le dijo:

—Es preciso que todos los días me los pongas delante, porque si Bienvenido al tornarse se encontrara con que yo no había cumplido con él, creo que me mataría.

Y riéndose así Su Excelencia, dijo que se lo recordase. Estas mismas palabras me refirió por la noche el señor Sforza riéndose, y hasta asombrándose del gran favor que me hacía el duque; y jocosamente me dijo:

—Anda, Bienvenido, y vuelve, que te tengo envidia.

XCIV.

En el nombre de Dios me partí de Florencia cantando siempre salmos y oraciones en honor y gloria de Dios durante todo aquel viaje; en el cual tuve grandísimo placer, porque la estación era bellísima, primavera, y el viaje y el país donde había estado yo parecieron tan bellos, que quedé maravillado y contento.

Habiendo venido para guiarme un joven ayudante mío, el cual era del Baño y se llamaba César, fuí muy festejado por su padre y toda su familia, entre los cuales contábase un viejo de más de setenta años, hombre agradabilísimo: aqueste era tío del mencionado César,

siendo de profesión médico-cirujano, y picábase algún tanto de alquimista.

Este buen hombre demostró cómo aquellos Baños (1) tenían minerales de oro y de plata, y me hizo ver muchas bellísimas cosas de aquel país; de suerte que tuve uno de los mayores placeres que jamás había tenido. Habiéndose familiarizado á su modo conmigo, cierto día me dijo:

—No quiero dejar de deciros un pensamiento mío, el cual, si Su Excelencia le prestara oídos, creo que sería para él cosa muy útil; y es que en los alrededores de Camaldoli se ve un paso tan descubierto, que Pedro Strozzi no sólo podría pasar con seguridad, sino hasta saquear á Poppi sin oposición alguna (2).

Y esto no sólo me lo demostró de palabra, sino que además sacó una hoja de papel de su escarcela, donde aqueste buen viejo había dibujado todo aquel país de tal modo, que veíase muy bien y con toda evidencia se reconocía existir un verdadero peligro; tomé el dibujo, y en el acto partíme del Baño; todo lo más presto que pude tomé la vuelta por el camino de Prato Magno y de San Francisco de la Vernia, y retorné á Florencia, donde sin pararme más que á cambiar de botas, me fui á palacio. Cuando llegaba yo por la Abadía, me en-

(1) Se sobrentiende que son los Baños de Santa María, mencionados más atrás, y á los que Cellini llama simplemente *el Baño*.

(2) En el manuscrito Laurentino hay al margen de este pasaje una nota de letra de Cellini, que dice así: "Fué en el tiempo que Pedro pasó y vino con el ejército de Siena.,,"

contré con mi duque, quien venía por el camino del Palacio del Podestá; así que me vió, hízome una gratísima acogida, con ciertó asombro á la vez, diciéndome:

—¿Cómo has vuelto tan presto? Yo no te esperaba aún hasta pasar aquestos ocho días.

—Por el servicio de Vuestra Excelencia Ilustrísima he tornado; que si no, con mucho gusto hubiérame estado otros tantos días espaciándome por aquel bellísimo país.

—¿Y qué te trae de bueno?

—Señor, es necesario que os diga y muestre cosas de gran importancia.

Así, pues, me fuí con él á Palacio. Llegado que hubimos á Palacio, llevóme consigo secretamente á su cámara, donde estuvimos solos. Entonces díjeselo todo y le mostré aquel pequeño dibujo, manifestando serle muy grato. Y al decir á Su Excelencia cómo le era de necesidad poner presto remedio á una tal cosa, el duque se quedó un poco ensimismado, y luego me dijo:

—Sábe cómo Nos estamos de acuerdo con el duque de Urbino (1), á quien toca tener cura de ello; mas guárdalo secreto.

Y con muy grandes demostraciones de su afecto, me torné á mi casa.

•(1) Era entonces duque de Urbino Guidobaldo de la Rovere.

XCV.

Al otro día me hice visible; y el duque, después de una breve conversación, díjome alegremente:

—Mañana sin falta quiero terminar tu asunto; así que, estáte tranquilo.

Yo, que me lo tenía por ciertísimo, con gran deseo aguardaba al día de mañana. Así que llegó el deseado día, fuí á Palacio; y conforme parece uso que siempre haya de ocurrir darse las malas nuevas con mayor diligencia que las buenas, el señor Jacobo Guidi, secretario de Su Excelencia Ilustrísima, me llamó con su boca torcida y con voz altanera, y estirándose con toda su persona tiesa como un garrote y como de una sola pieza, comenzó de aqueste modo á hablar:

—Dice el duque que por tí quiere saber cuánto pides por tu Perseo.

Quedéme turbado y lleno de asombro, y en el acto respondí cómo no era yo quién para poner precio á mis trabajos, y que esto no era lo que habíame prometido Su Excelencia dos días atrás. Al punto aqueste hombre me dijo con mayores voces cómo expresamente me ordenaba de parte del duque que le dijese cuánto quería yo por mi obra, so pena de incurrir en la completa desgracia de Su Excelencia Ilustrísima.

Yo, que me había prometido haber ganado alguna cosa con los grandes halagos hechos á mí por Su Ex-

celencia Ilustrísima, y mayormente haber conquistado todo el favor del duque, pues no le pedía otra cosa mayor sino sólo que me otorgase su buena gracia, al ver aquestas maneras inesperadas por mí, sentí acometerme una fuerte cólera, y aún más por aumentarlas del modo como lo hacía aquel sapo venenoso.

Contesté que aun cuando el duque me diese diez mil escudos, no me pagaría aquella obra; y que si hubiese yo pensado jamás en llegar á estos merecimientos, nunca me hubiera quedado aquí. Al instante me dijo aqueste vil una multitud de palabras injuriosas, y yo hice otro tanto con él. Al siguiente día, saludando yo al duque, hizome señas Su Excelencia, por lo cual me acerqué, y con cólera me dijo:

—Ciudades y grandes palacios se hacen con diez mil ducados.

Inmediatamente le respondí cómo Su Excelencia encontraría infinitos hombres que le supiesen hacer ciudades y palacios; mas en cuanto á los Perseos, quizá no encontrase ni un hombre en el mundo que le supiese hacer otro tal. Y á escape me partí sin decir ni hacer otra cosa.

Pocos días después envió por mí la duquesa, y me dijo que las diferencias que tenía yo con el duque se las dejase concertar á ella, pues gloriábase de hacer algo que me dejara contento. A estas benignas palabras, respondí cómo no había yo buscado otro mayor premio á mis fatigas sino estar en buena gracia con el duque, y que Su Excelencia Ilustrísima habíamela prometido;

y que no hacía falta que yo remitiese á Sus Excelencias Ilustrísimas aquello que desde los primeros días de comenzar á servirles había remitido en ellos con entera libertad; además (añadí) con sólo que Su Excelencia Ilustrísima me diese una *crazia*, que vale cinco cuartos, como premio á mis fatigas, tendríame por contento y satisfecho, mientras no me privase Su Excelencia de estar en gracia suya.

A estas mis palabras replicó la duquesa, sonriéndose un poco:

—Bienvenido, mejor harías para tí en hacer aquello que te digo.

Y volviéndome las espaldas, apartóse de mí. Yo, que pensé hacer lo mejor usando de aquellas humildes palabras, sucedióme que de ellas resultó para mí lo peor; porque aun cuando la duquesa hubiese tenido conmigo aquel pequeño enfado, tenía luego en sí un cierto modo de hacer las cosas, el cual era bueno.

XCVI.

Por ese tiempo era yo familiar amigo de Gerónimo de Albizi, quien era comisario de las tropas de Su Excelencia, y un día hubo de decirme:

—Bienvenido, bueno sería poner algún orden á este pequeño disgusto que tienes con el duque; dígotе que si tuvieses confianza en mí, tendría yo ánimos para hacer algún acomodo, y bien sé lo que me digo. Como

el duque se enfade luego de veras, mucho mal será para tí; bástete sólo aquesto; no puedo decirte todas las cosas.

Después que la duquesa me hubo hablado, habíase-me dicho por uno, tal vez de ánimo maligno, cómo había oído decir que el duque, en no sé qué ocasión dada, dijo:

—Por menos de dos cuartos écharé á rodar el Perseo, y así se acabarán todas las diferencias.

Así, pues, por aqueste temor, dije á Jerónimo de Albizi cómo todo lo remitía en él; y que aquello que hiciese dejaríame contentísimo del todo, con tal de quedar yo en gracia del duque. Este galante hombre, que entendía muchísimo en el arte del soldado y principalmente de aquellos de las bandas, los cuales son todos unos villanos, mas del arte de hacer esculturas no sacaba placer alguno, y por ese motivo no entendía nada de esto, hablando con el duque, dijo de aquesta suerte:

— Señor, Bienvenido hase confiado á mí y me ha suplicado que lo recomiende á Vuestra Excelencia Ilustrísima.

—También yo me remito á vos, dijo entonces el duque, y me conformaré con todo aquello que vos apreciéis.

De modo que el referido Jerónimo escribió una carta muy ingeniosa y muy en mi favor, y juzgó que el duque debía darme 3.500 escudos de oro en oro, los cuales no se tuviesen por premio de una tan hermosa obra, sino tan sólo como una pequeña remuneración; basta

con que yo me contentase; con otras muchas palabras, las cuales, en conjunto, proponían dicho precio. El duque lo suscribió con tanto gusto, como disgusto tuve yo por ello. Así que la duquesa llegó á saberlo, dijo:

—Era mucho mejor para aquel pobre hombre que se hubiera remitido á mí, pues le hubiese hecho dar cinco mil escudos de oro.

Un día que había ido yo á palacio, la duquesa me dijo las mismas palabras en presencia del señor Alamanno Salviati, y se mofó de mí diciéndome que me estaba muy bien todo el mal que yo tenía.

El duque ordenó que se me pagasen cien escudos de oro en oro al mes hasta aquella suma, y así sucedió durante algunos meses. El señor Antonio de Nobili, que había recibido dicha comisión, comenzó después á darme cincuenta, y luego, cuándo me daba veinticinco y cuándo no me daba ninguno; de suerte que viendo tantos aplazamientos, hablé afectuosamente á dicho señor Antonio, rogándole que me dijese la causa por qué no acababa de pagar. También él respondióme benévolamente; en la cual respuesta me pareció que se alargase demasiado, porque (júzguelo quien lo entienda) primero me dijo cómo la causa por la cual no continuaba mi pago, era la suma estrechez de dinero que había en palacio, pero que me prometía pagarme tan pronto como hubiese dineros; y luego añadió diciendo:

—¡Ay de mí! Si yo no te pagase sería un solemne pícaro.

Me maravillé al oírle decir tales palabras, y por ellas

prometíme que me pagaría cuando pudiese. Por cierto que sucedió todo lo contrario; de modo que viéndome burlado, me irrité con él y le dije muchas osadas y coléricas palabras, y le recordé aquello que me dijo que sería él, de no pagarme, un solemne pícaro. Empero, murióse, y aún me faltan recibir quinientos escudos de oro hasta ahora que estamos próximos á finalizar el año 1566 (1).

También quedaba por cobrar un resto de mis salarios, el cual me parecía que no hacían más cuenta de pagármelos, pues habían pasado cerca de tres años; mas acometióle una peligrosa enfermedad al duque, quien estuvo cuarenta y ocho horas sin poder orinar; y conociendo que los remedios de los médicos no le aliviaban, acaso recurrió á Dios, y por eso quiso que cada cual fuese pagado de sus salarios transcurridos, y también á mí se me pagó; mas aún no se me ha pagado lo que me resta del Perseo.

XCVII.

Estaba casi medio dispuesto á no decir nada más acerca de mi infortunado Perseo; mas por presentarse una ocasión muy notable que á ello me fuerza, reanu-

(1) Ya vimos al principio de esta obra que Cellini comenzó á escribirla en 1558; y como termina en 1562, queda la duda de si rompió el resto de su manuscrito ó si no llegó á escribirlo limitándose á su corrección más adelante.

daré empero el hilo por un poco, tornando algún tanto atrás.

Pensé hacer lo mejor para mí cuando dije á la duquesa cómo no podía yo tratar de aquello que ya no estaba en mi poder, por haber dicho al duque que me conformaba con lo que me quisiese dar. Y esto lo dije pensando hacerme grato; y con aquella pequeña humildad buscaba todos los remedios oportunos para aplacar algún tanto al duque, porque pocos días antes de que se llegase al acuerdo propuesto por Albizi, el duque dió muchas muestras de hallarse irritado conmigo. Y la causa fué que, doliéndome con Su Excelencia de ciertos perjuicios gravísimos que me hacían Alfonso Quistello y Jacobo Polverino, fiscales, y más que todos el volte-rano Juan Bautista Brandini, al manifestar con algunas muestras de apasionamiento aquestas mis razones, ví al duque airarse tanto, que más no puede imaginarse. Y así que Su Excelencia Ilustrísima vióse acometido por aqueste gran furor, díjome:

—Este caso es como aquel de tu Perseo, que me pediste por él diez mil escudos. Te dejas vencer demasiado por tu interés; eso no obstante, quiero hacerlo estimar y te daré por él todo aquello en que me fuere tasado. Al momento respondí á aquellas palabras quizá con exceso de altivez y medio encolerizado (lo cual no es conveniente hacerlo con los grandes señores), y dije:

—¡Oh! ¿Cómo es posible que mi obra me sea estimada en su precio, no habiendo hoy en Florencia hombre alguno que la supiese hacer?

Entonces el duque entró en mayor furia, y prorrum-pió en muchas palabras airadas, entre las cuales dijo:

—En Florencia existe hoy un hombre que sabría hacer una como aquella, y por ese motivo la sabrá juzgar muy bien.

Quiso referirse á Bandinelli, caballero de Santiago. Entonces repliqué:

—Señor mío, Vuestra Excelencia Ilustrísima me ha dado facultad para que en la mayor escuela del mundo haya hecho yo una grande y difícilísima obra, la cual hame sido loada más que obra alguna que nunca se haya descubierto en aquesta divinísima Escuela. Y lo que más me ha hecho enorgullecer, ha sido lo hecho por aquellos hombres excelentes que conocen y practican el arte, como el pintor Broncino: aqueste hombre ha trabajado y me ha hecho cuatro sonetos, diciendo las más selectas y gloriosas palabras que sea posible decir; y por causa de aqueste admirable hombre quizá se haya alzado tan gran rumor en toda la ciudad; y así bien, digo que si se diese á la escultura conforme lo ha hecho á la pintura, él sí que quizá pudiera saberla hacer bien. Y más digo á Vuestra Excelencia Ilustrísima: que mi maestro Miguel Angel Buonarroti, si bien hubiera hecho una como ella cuando era más joven, no hubiese pasado menos fatigas que he pasado yo; mas ahora que es viejísimo, tengo por cierto cómo no la haría; de modo que no creo que haya hoy noticia de hombre alguno que la supiese conducir á feliz término. Así que, mi obra ha obtenido el mayor premio que pudiera